



(Continúa).

III

El Estado es la máquina que oprime, extorsiona y aplasta al individuo y ahoga en él toda iniciativa, todo espíritu de independencia.

Cualquiera que sea el Gobierno: imperialista, monárquico, republicano —y hay repúblicas de todos matices—, es siempre opresor, siempre defensor de los intereses creados, de las clases privilegiadas. El Gobierno siempre debe, ante todo, «defender el orden», «dar garantías a la sociedad», es decir, a los ricos, porque los pobres no necesitan la «garantía» de su miseria.

El Estado es una máquina complicadísima, cuyos engranajes, para funcionar, necesitan un sinnúmero de servidores. Los empleados del Gobierno son legión, todos dedicados a labores perfectamente inútiles y, por lo tanto, nocivas. Solamente pueden exceptuarse de los inútiles los trabajadores de los telégrafos, del correo, de las obras públicas; todo lo demás, todo lo que es de carácter político o represivo, no contribuye a nada provechoso para la generalidad; solamente sostiene una entidad siempre discutible y, a nuestro juicio, dañina.

Esa máquina es una gran devoradora de productos de toda clase: no solamente los ejércitos numerosísimos de trabajadores han de producir para la alimentación, el alojamiento, el vestido y la satisfacción de las necesidades de los servidores del Estado, pues su funcionamiento comprende el consumo de una cantidad inestimable de productos de todas clases. Para estudiar detalladamente lo que el Estado gasta o, mejor dicho, malgasta, sería menester un libro voluminoso, comprendiendo estadísticas y proporcionando datos tomados en los propios documentos oficiales. En el reducido espacio de esta crónica

solamente podremos esbozar a grandes rasgos los gestos inútiles de los empleados del Estado.

Pocas personas han escapado a la molestia de tener que hacer acto de presencia en una oficina pública: juzgado, comisaría o ministerio. Sería por demás relatar en este estudio todas las complicaciones, los papeles, los documentos necesarios para el cumplimiento de la más sencilla formalidad. A nadie se le escapa la multiplicidad de personas con quienes hay que tratar para la obtención de un documento cualquiera, pasando por el portero, los mozos, los empleados subalternos, tinterillos y, en último lugar, por los jefes de sección, personajes olímpicos que nadie puede entrever ni acercarse sin haber tenido que vencer miles de dificultades, numerosas barreras. La multiplicidad de empleados necesarios para la solución del menor asunto se explica fácilmente por la necesidad que tienen los gobernantes de ocupar adictos que tienen parientes, amigos que saben cuán descansados son los empleos que el Gobierno proporciona. Cuando se sabe cuál es la vida del taller, de la fábrica o del campo, cada uno busca el modo de escaparse de estos infiernos, y de ahí que todos padezcan de la enfermedad del siglo: la empleomanía, es decir, el afán de tener un puesto en el que el trabajo sea leve y el pago asegurado. Y más si los Gobiernos son democráticos, más el número de empleados del Estado, es grande, por la sencilla razón de que cada uno de los que forman parte de la «cosa pública»: ministros, diputados, gobernadores de provincias o de Estados, prefectos, alcaldes, etc., etc., tienen sus partidarios, sus electores influyentes que piden para los suyos puestos, canongías, honores, y toman parte en el «reparto de la torta», de esa torta que paga el trabajador del campo, del taller, de la mina, del navío.

Así es que se multiplican los puestos, se inflan los presupuestos, se crean, se inventan empleos que

no corresponden a ninguna necesidad, si no es la de favorecer a los amigos del Gobierno.

De este modo se engrosa sin cesar el número de personas que se entregan a tareas perfectamente inútiles, que pasan su vida sin ningún provecho para el bienestar general, bien al contrario, ya que comen, visten y se alojan sin producir nada provechoso a los demás.

Naturalmente, para alojar esas falanges de empleados ha sido necesario construir grandes palacios —legislativos o administrativos— que se ha tenido que amueblar cómoda y lujosamente, lo que representa una considerable suma de trabajo.

Lo complejo de la máquina administrativa reclama un sinnúmero de pliegos, expedientes, documentos, libros, registros, archivos, que necesitan la confección de una enorme cantidad de papel que mejor se emplearía en la impresión de libros instructivos o de muebles y objetos que pueden hacerse con dicha materia.

Esto solamente se refiere a la parte administrativa; pero la máquina gubernativa tiene también sus engranajes respectivos y éstos comprenden los servicios de policía, la penitenciaría, las cárceles, servicios que implican también un ejército de empleados, de holgazanes que prefieren servir a la «sociedad» en calidad de sabuesos, de carceleros, de vigilantes de presidio para escapar a la esclavitud del trabajo útil.

Tiene el Estado la institución llamada irónicamente de «justicia», que, además de numerosos empleados administrativos, cuenta con un sinnúmero de gentes que se precian de poder juzgar las acciones de los demás hombres, aunque participen de sus mismas debilidades, sus flaquezas, sus vicios. Basan sus juicios sobre sus leyes, es decir, convenios impuestos a la mayoría por una minoría, y estas leyes son tan intrincadas, que ellos mismos no las conocen, y esto da lugar a la crea-